

## *Antes de los acontecimientos*

**León Trotsky**  
**13 de octubre de 1912**

(Versión al castellano desde “Avant les événements”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 149-154; también para las notas; publicado en *Den*, número 12, 13 de octubre de 1912.)

Salí de Belgrado el 5 de octubre y llegué a Sofía a las seis de la mañana. Durante el viaje, el tren, que iba abarrotado, no respetó ningún horario. Abordo iban voluntarios, oficiales de reserva, enfermeras de la Cruz Roja, periodistas y proveedores del ejército. El príncipe heredero Alejandro, que se dirigía a Niš para reincorporarse a su ejército, viajaba en un coche salón privado. En mi compartimento estaba el jefe de un departamento ministerial, un hombre robusto con mitones de seda. No paraba de quejarse conmigo de la carta abierta del barón d’Estournelles de Constant al rey de Montenegro. Aparte de mí, los otros destinatarios de sus quejas eran un oficial de la reserva, un farmacéutico, un estudiante serbio llegado de Amberes y un periodista británico.

Tengo en mis manos un periódico alemán que contiene un artículo de un conocido comentarista militar, el excoronel “Oberst” Goedke. Habla de los ejércitos balcánicos y calcula que, de las cuarenta y tres divisiones del contingente de paz, Turquía no podría disponer, en la fase inicial de la guerra, de más de veinte de ellas, de once batallones cada una, con un total de unos 300.000 hombres.

En cuanto al *redif*, ha calculado que los turcos podrían reunir inicialmente diez divisiones y después hasta veinte. Por tanto, la fuerza inicial del ejército turco podría alcanzar los 450.000 hombres, incluidos 360.000 combatientes. Goedke proporciona estimaciones muy conservadoras para los ejércitos aliados: 200.000 hombres para el ejército búlgaro (de los cuales 160.000 combatientes), 120.000 serbios (95.000 combatientes), 55.000 griegos (45.000 combatientes) y, por último, casi 35.000 montenegrinos.

Así pues, al comienzo de las hostilidades, Turquía podía enfrentar a unos 360.000 hombres propios contra los 335.000 soldados de los ejércitos aliados. Las cifras de Goedke para los ejércitos búlgaro y serbio están sin duda subestimadas en, al menos, un cincuenta por ciento, si no más. Baste citar el *Yeni Türk*<sup>1</sup>, que estima el ejército aliado entre 500.000 y 600.000 hombres. Pero las conclusiones generales de Goedke, absolutamente irrefutables, son compartidas por los políticos búlgaros mejor informados: como he comprobado más tarde, los ejércitos aliados sólo pueden esperar obtener victorias importantes al comienzo de las hostilidades y únicamente mediante acciones muy ofensivas. Estos ejércitos carecen de la fuerza necesaria para una campaña prolongada en el tiempo; deben lanzar inmediatamente al campo de batalla todo lo que tienen en hombres, mientras que Turquía puede disponer aún de importantes reservas en Asia Menor y Siria.

El artículo de Goedke es la comidilla de la ciudad. El optimismo se extiende, sin reservas ni cautela, como un río desbordado.

- Nos disponemos a lanzar medio millón de hombres al campo de batalla y los búlgaros se preparan para hacer lo mismo. ¿Un desembarco turco en Burgas? Tonterías, Rusia no lo permitiría. El mar Negro es ruso. Dos cuerpos de ejército desde Odessa bastarían para que Constantinopla cayera en manos rusas. ¿Austria? No se atreverá. La Alianza Balcánica es la nueva gran potencia. ¡Piense usted en las fuerzas que Austria

tendría que movilizar para invadir los Balcanes! Austria no se atreverá. Alemania no quiere la guerra, no quiere involucrarse. Inglaterra está con nosotros. *Vous êtes nous amis, n'est-ce pas ?*<sup>2</sup>

Con un tono a la vez suplicante y alentador, el infatigable jefe de departamento tira de la manga de un corresponsal de un periódico conservador británico. Éste levanta lentamente la vista de un libro de tapas amarillas, observa al jefe de departamento con cortés indiferencia y hace una pausa antes de responder: - Sí.

- Nos encantan los ingleses. Debería venir a visitarnos más a menudo. Venga a vernos, *gentleman*. Pero (y en este punto el jefe del departamento levantó sus manos enguantadas en seda como en bendición), *gentleman*, por el amor de dios, sea objetivo cuando escriba sobre nosotros. No esperamos otra cosa de usted: que escriba sobre nosotros con objetividad. El barón d'Estournelles de Constant... *Monsieur*, ¿ha leído su carta?

El plenipotenciario del diario conservador británico se sacó la pipa de la boca, giró la cabeza cuarenta y cinco grados en dirección a su aliado, hizo una pausa y contestó: - *Non*.

Es verdaderamente magnífico, este embajador de la prensa. La maciza redondez de sus piernas ocupa la mitad del compartimento. Lleva calcetines gruesos y largas polainas sobre zapatos altos y un pesado traje gris a cuadros; aprieta entre los dientes una pipa corta, hecha de la mejor madera, el pelo dividido en el centro por una pulcra raya; posee dos maletas amarillas hechas con la piel de algún animal prehistórico; se sienta inmóvil y lee, *Les dieux ont soif*<sup>3</sup> de Anatole France. Es su primer viaje a la península balcánica, no conoce ninguna lengua eslava, no habla ni una palabra de alemán, tiene unos conocimientos de francés dignos de un británico que se precie, no mira por la ventanilla y no habla con nadie. Dotado de todas estas grandes cualidades, se dispone a observar el destino político de los Balcanes. Y conseguirá ver exactamente lo que los lectores de la *Wesminster Gazette* esperan de él.

Junto al balasto del ferrocarril discurre el antiguo camino de carro, transitado por caballos y bueyes, que va de Belgrado a Constantinopla, pasando por Smederevo y Cúprija. El camino está ocupado por una hilera de carretas, tiradas por bueyes, cargadas de víveres y tal vez municiones. La columna de carros parece interminable. Soldados a caballo abren y cierran la columna. Todos se precipitan hacia la ventanilla del compartimento. Mientras el tren les adelanta lentamente, cuento los carros que componen este pintoresco convoy. Son 280. Una pregunta parece iluminarse en los húmedos ojos azules del inglés (no me atrevería a llamarle colega). Le explico lo que acabamos de ver. Me mira con el aire de un caballero que me hace el favor de escucharme sólo porque somos compañeros de viaje. Se quita la pipa de la boca, se detiene un momento y dice: - *Merci*.

Saca un cuaderno, encuadernado en piel, escribe en él algunos jeroglíficos y vuelve a concentrarse en su pipa y en Anatole France.

¡Dios mío, qué marioneta tan mal rellena!

La luz del sol es intensa. La tierra que atravesamos es *balcánica* en todos los sentidos. El bosque, apenas moteado por las joyas doradas del otoño, brilla verde bajo el sol. Es muy, muy bonito... pero tenemos hambre. El tren avanza mortalmente despacio y no encontramos nada para comer en las estaciones. El farmacéutico de provincias, que hace años que no se afeita, nos consuela diciéndonos que las cosas van a empeorar aún más.

- Señores, tendríamos que habernos aprovisionado de comida antes de salir de Belgrado. Allí se encuentra de todo, dice el jefe del departamento en tono edificante y de reproche. Han pasado doce horas desde la última comida. Finalmente, el corresponsal del

*Frankfurter Zeitung* y yo conseguimos cada uno un trozo de salchicha en una tienda cercana a una estación de ferrocarril. ¿Podemos fiarnos? Tras un momento de vacilación, decidimos que no hay lugar para la duda: tenemos que comer, confiados o no. Entro en el compartimento con mi botín. El inglés permanece imperturbable, no mira a nadie y, dominando estoicamente las leyes de la fisiología, no hace ningún intento para conseguir comida (¡comer en un compartimento!). Pero puedo constatar algunas imperfecciones en la raya de su pelo.

Coloco el pan duro e insípido y la salchicha sospechosa, aún envueltos en papel, sobre una mesa improvisada. Me esfuerzo en cruzar la mirada del inglés, como en el parlamento de Londres cuando alguien intenta atraer la atención del presidente de la Cámara de los Comunes, y trato de justificar mi debilidad humana diciendo:

- ¡En la guerra como en la guerra!

El embajador de Westminster sonríe cortésmente y, para salvarme de la desesperación total, deja escapar algunos fragmentos de palabras mientras guarda su pipa:

- *Oui, oui.*

El tren avanza con una lentitud mortal. Todo se vuelve oscuro, frío, siniestro. Indiferente a lo que ocurre, el corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, un joven suizo-alemán vivaz, inquieto, brillante, cuenta sus impresiones sobre Trípoli. Reanudamos entonces nuestra conversación sobre la cuestión balcánica, examinándola desde todos los ángulos y quejándonos del hambre.

Por fin llegamos a Niš. A través del cristal, distinguimos en la oscuridad el enorme cuartel con sus edificios de artillería, caballería e ingenieros militares. Esta ciudad alberga una de las mayores guarniciones de Serbia. Ayer había cien mil soldados. Hoy, están todos en la frontera. Aquí aún no se ha declarado la guerra; es cinco de octubre y las siete de la tarde.

Llegamos a Sofía al día siguiente a las seis de la mañana. El contraste entre la provinciana Belgrado, sucia y desnuda, y Sofía, tan limpia como una ciudad alemana, con sus altos edificios, es sorprendente. El Hotel Bălgarija, el mejor de la ciudad, está abarrotado. En el vestíbulo, todo son gritos, saludos, exclamaciones, instrucciones, gente haciéndose preguntas. Son esos señores, los periodistas que llegan de toda Europa. Llevan chaquetas de abrigo de corte estricto, botas altas, polainas de cuero y algunos una fusta de cuero; el conjunto tiene un aspecto muy militar.

El 5 de octubre, en Stara Zagora, Fernando promulga el manifiesto que ordena al ejército búlgaro “marchar sobre el territorio turco”. A las ocho de la mañana del día siguiente, el manifiesto fue publicado en las calles de Sofía. El sol brillaba con fuerza. Entre los grupos reunidos en torno a los manifiestos, se oía la música de la lengua búlgara, tan parecida y, al mismo tiempo, tan diferente de la nuestra. A las diez se celebró una misa en la iglesia de Jesucristo Nuestro Señor. Los jóvenes irrumpen entre la multitud sosteniendo medias páginas de ediciones especiales de *Utro*<sup>4</sup> y *Reč* gritando el nombre de su periódico. La policía lucha por mantener el orden en la pequeña iglesia. La multitud crece desmesuradamente: mujeres, ancianos, jóvenes, extranjeros. La reina, que ha llegado en coche, y los miembros del gobierno, son recibidos con gritos de entusiasmo. Hacia el mediodía, la multitud se dispersa. Las tiendas están abiertas, aunque haya pocos vendedores y apenas compradores.

La combinación de todas estas acciones simples, casi banales (la publicación del manifiesto dirigido “al pueblo búlgaro” y firmado por Ferdinand y sus ministros, la misa, la cruz dorada alzada sobre la multitud con las palabras “venceréis con esta cruz” y los “vítors”) significa que se había declarado la guerra y no había vuelta atrás.

Unas horas más de día y de noche y entonces llegaron las noticias de los primeros enfrentamientos entre búlgaros y turcos, la captura de Mustafa Pacha y Kuš-Kale, las

primeras bajas y los primeros hombres condecorados con la orden del *mérito*. Pero la guerra aún no había entrado en los pensamientos y sentimientos de la población. Ningún estado de ánimo ha cambiado: es un juego de espera. Harán falta algunos acontecimientos importantes para que la guerra penetre en la conciencia de la gente y se apodere plenamente de ella.

Mientras esperan el desarrollo de los acontecimientos, el centenar de corresponsales políticos y militares, que abundan en el Café Bălgarija, se quejan de la censura y la incertidumbre reinantes. Es difícil decir qué es peor.

Se han distribuido panfletos con normas de buena conducta. Es una larga lista de párrafos que empiezan así: “Está prohibida la venta ambulante... Está prohibido... Está prohibido...”. Además del folleto de instrucciones, está la comisión de censura dirigida por el capitán Atanasov. Es un hombre cortés, al igual que sus jóvenes ayudantes. Terminamos de escribir un telegrama y se lo entregamos al capitán. Lo está leyendo atentamente cuando suena el teléfono. Tiene que presentarse en el despacho del comandante de la ciudad. Pide disculpas y deja el telegrama sobre la mesa. Poco después, el capitán Atanasov vuelve a estar disponible. Repite “pido disculpas” y lee el telegrama. Mientras lo hace, deja escapar unos comentarios que empiezan así: “No está permitido... está prohibida la venta ambulante...”.

Como el corresponsal hace amago de reaccionar, el capitán Atanasov responde con una sonrisa: “Pero por favor, señor...”, tras lo cual es realmente imposible resistirse al capitán Atanasov.

Los corresponsales refunfunan y el coronel retirado de Magdeburgo, viejo corresponsal de guerra, les tranquiliza: “Siempre es así, *meine Herren*, incluso en las maniobras suizas”.

Los corresponsales también se quejan de la incertidumbre reinante. Hay quienes tendrán permiso para viajar al *teatro de operaciones militares*, es decir, al cuartel general, y hay quienes no lo tendrán. Nadie sabe cuándo se concederá el permiso ni cuáles serán las condiciones del viaje. Cuando se le pregunta, la respuesta es siempre la misma: “Mañana, muy probablemente, *gentleman*, esta vez puede estar seguro, seguramente será mañana”. Mientras tanto, los días pasan, uno tras otro. “¿Puedo preguntarle qué debo hacer? ¿Debo enviar por tercera vez, la descripción de la cúpula de la mezquita?” pregunta indignado, el corresponsal del *Reichspost* en Viena, V. I. Nemirovič-Dančenko<sup>5</sup>. Su obstinación nos sorprende a todos. Se pone al frente de la fila y se vuelve amenazante. Si no obtiene respuesta en el día, se irá mañana. Por así decirlo, abandonará al ejército búlgaro a su suerte.

Sólo el coronel de Magdeburgo mantuvo la calma: “*Glauben Sie, mir, mein Herren*<sup>6</sup>, durante las últimas maniobras en Suiza, nos trataron de la misma manera de principio a fin. Dos horas antes de que los dos ejércitos se enfrentaran, nos aseguraron que no pasaría nada hasta la mañana siguiente. Luego, por la mañana, nos dieron su informe sobre lo ocurrido. Siempre es así...”, dice.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> *El joven turco*. N.E.

---

<sup>2</sup> En francés en el original. “Ustedes son nuestros amigos, ¿no?” NE.

<sup>3</sup> En francés en el original. NE.

<sup>4</sup> *La mañana*. N. E.

<sup>5</sup> *Nemirovič-Dančenko Vasilij* I. Nacido en 1848. Escritor ruso, autor de una serie de relatos de viajes. Escribió correspondencias desde el teatro de la guerra entre Rusia y Turquía (1877-1878). Durante la guerra ruso-japonesa, envió una serie de artículos desde Manchuria, que gozaron de gran popularidad entre los lectores. Durante la Primera Guerra de los Balcanes, fue corresponsal del periódico vienés *Reichspost*, pero también escribió artículos para *Russkoe Slovo* [La palabra rusa] y otros periódicos. Durante la Segunda Guerra de los Balcanes, adoptó una postura dura contra los serbios y utilizó sus artículos para intentar dirigir la simpatía de la opinión pública rusa hacia Bulgaria. Entre sus obras más importantes figuran *La tormenta*, *El monje*, *La familia de los héroes épicos* y *El festín de los lobos*.

<sup>6</sup> Créanme ustedes, señores. N.E.